



Hellín.—Grupo de bellas señoritas y distinguidos jóvenes que asistieron a la "Fiesta del Color"



Hellín.—Grupo de asistentes al homenaje a la vejez y los ancianitos que fueron agasajados.



## LAS PUPILAS DE ACERO

Una tarde que caminaba sin rumbo, una mano amiga me llamó con unos golpecitos tras los cristales del ventanal de un café invitándome a pasar; dudé un momento antes de abandonar el *flanear* sin término, sin prisa que tiene para mí un encanto; me decidí al fin y penetré.

Desde un rincón callado del café, propio para la confidencia o el idilio, mi amigo me hace señas. Me acerqué a su mesa; junto a él estaba sentado, un hombre bajito, delgado, de tez bronceada; sería un hombre vulgar, casi insignificante, si no fuera por sus pupilas grises, pupilas de acero como el temple del alma que se adivinaba tras ella.

—¿Dónde ibas?

—Ya ves; por ahí; no lo sé...

—Siéntate que te voy a presentar a mi amigo que te contará cosas interesantes. El Caballero de la X... El Caballero legionario Andrés Fuentes Jiménez, alférez del Tercio.

Con un poco de emoción estreché la mano del héroe, que en la Legión no hay cobardes.

—¿Que edad tiene Vd?

—Veintiocho años.

—¿Cómo fué alistarse en el Tercio?

—Verán ustedes. Era el 14 de Septiembre de 1920. Albacete estaba en plena feria, estas ferias nuestras tan hermosas; la animación era enorme; acompañado de un amigo fui aquella tarde a tomar una cerveza y tomándola estábamos, cuando el muchacho que me acompañaba me dijo de pronto: «Vamos a alistarnos en el Tercio». — «Hombre, yo ya estuve en África». — «Mejor, así conoces aquello». — «Pues bueno, vamos»; y al día siguiente dejé el cajoncillo y salíamos para África.

Ante tanta sencilla grandeza, ni mi amigo ni yo hacemos un comentario, y tras un largo silencio en que vivimos el cuadro, reanudé la charla.

—¿Después?

—Después desembarcamos en África y me hicieron cabo y en seguida al campo.

—¿Los combates, le emocionaban?

—Los primeros se siente algo de emoción; luego pues como si fuera uno de caza; ya ve Vd. yo he tomado parte en más de 130.

Lo ha dicho como la cosa más natural del mundo, con la misma sencilla naturalidad que se alistó una tarde de feria.

—¿Son buena gente los del Tercio?

—Son buenos; ahí no se admiten cobardes, no pueden estar.

Sus pupilas grises han brillado más aceradas que nunca al decirlo.

—¿Debia haber una mezcla grande?

—Había hombrés de todos los países, muchos de la guerra europea; pero no tienen la dureza ni

el temple que los españoles; el mejor soldado es el nuestro. Conmigo sirvió el príncipe de Abisinia. (Su cara se anima recordando). Era un *morenito* muy simpático, fué asistente y hablaba francés, inglés y alemán; le queríamos mucho.

—¿Y el más valiente de la Legión?

—Franco, es el mejor, el más valiente—vuelvo a recordar—en el último combate en que tomé parte, los moros tiraban mucho y él se sentó en una piedra a liar un pitillo, como nosotros ahora, con las piernas cruzadas una sobre otra ¡Es un valiente!

—¿Es valiente el moro?

—Verá Vd. como combate. Se pegan a las grietas a las piedras y tiran cuanto pueden; avanzamos nosotros y se van recorriendo y cuando nos ven cerca huyen, le tienen mucho miedo al arma blanca; son cobardes.

—¿Llegaban muchas veces cuerpo a cuerpo?

—Algunas. En cuanto nos ven a 200 metros huyen y a más distancia es larga la carrera para dar el asalto. Una vez tenían orden de Abd-el-Krim de no dejarnos pasar, se habían juramentado; escondidos en una trocha, nos tiroteaban; avanzaron batiendo nuestros granaderos y caímos como una tromba sobre ellos y los pasamos a cuchillo a casi todos. Al jete moro días después, lo paseó Abd-el-Krim por los poblados vestido de mujer; esto fué el 10 de Mayo de este año.

—¿Qué tal la vida de campaña?

—Es dura, pero se pasa bien; yo estuve primero sirviendo en el Ejército y ahora me había alistado por cuatro años y me encontré sorprendido cuando pasaron; mi amigo se vino a los tres meses.

—¿Cuál fué su momento más apurado?

—Ninguno.

—Hombre, alguna vez sería la peor sin ser grande el apuro.

—Una vez en Drahasen me vi metido en un grupo durante un avance, pero llegaron otros dos legionarios y dimos cuenta de ellos.

—Ahora serían ustedes verdaderos técnicos.

El legionario pelea mejor que el moro y conocemos bastante bien el terreno.

—¿Tiene Vd. heridas?

—Una en el pecho, me dió en los cargadores y salió por el costado.

—¿Cómo hizo su carrera?

—Ya le dije que me hicieron en seguida cabo. Antes del año y en la toma de Buharrax, el Teniente Coronel Sr. Millán Astray me ascendió a sargento en el mismo campo; diez meses después me ascendieron a suboficial por la toma de la Zahuia del Tifili; el nombramiento lo recibí estando aquí con licencia y por estudios me hice alférez.